

Amadís en América

Hugh Thomas

En esta conferencia dictada en el Antiguo Colegio de San Ildefonso el 10 de noviembre pasado, el estudioso británico Hugh Thomas —autor de diversos libros sobre la cultura española como El imperio español: de Colón a Magallanes, La conquista de México y Yo Moctezuma, emperador de los aztecas—, se lanza a buscar las huellas del Amadís de Gaula y en general de las novelas de caballerías en la mentalidad de los conquistadores.

Considero ser la persona más idónea para hablar sobre las novelas de caballería del siglo XVI, ya que gran parte de la más famosa de ellas, *Amadís de Gaula*, se desarrolla en mi país, Gran Bretaña —sustantivo que nombra a la nación que existe ahora y que se refiere al territorio que comprende a Inglaterra y a Escocia, pero que no estuvo en uso para nada en el siglo XVI.

La heroína de *Amadís de Gaula*, Oriana, era nada menos que la hija de Lisuarte, el rey de Gran Bretaña. El mismo Amadís pasó su infancia como huérfano en la corte del rey de Escocia, un verdadero reino independiente en esos años.

Cerca de donde vivo, en Londres, Oriana, la heroína, ya viuda —según aparece en el séptimo libro de *Amadís de Gaula*— vivió en un convento que se nos dice estaba “a las afueras de Londres”, cuyo nombre es “Mirasierra”.

Igualmente se cuenta en los romances de un famoso rey inglés llamado Oliverio que vivió hace tanto tiempo, que se dice que su sangre corre por las venas de todos nosotros los ingleses. Su hijo dirigió un ejército inglés de veinte mil hombres que pelearon contra Grecia, pero que se vieron obligados a retirarse a Belgrado.

Los primeros capítulos de otro romance, *Tirant lo Blanc*, describen cómo el ingenioso Lord Warwick es-

tableció nuevas normas de caballería al derrotar a un ejército musulmán que llegó hasta nuestras orillas, al condado de Sussex.

Conviene destacar que, en *Tirant lo Blanch*, el caballero que al final del libro se convierte en emperador de Constantinopla no es Tirant, sino un caballero inglés que accede al matrimonio adecuado en el momento adecuado. ¡Tú, feliz Inglaterra, cástate!

Yo mismo he pasado gran parte de mi vida pretendiendo ser un caballero español. Estoy progresando en ello. Pero aquí en México, lugar para honestidades y no “falsas historias” (frase ésta frecuentemente utilizada al referirse al *Amadís de Gaula* y sus continuaciones por críticos del siglo XVI), debo admitir que soy británico, pero al menos mi lugar de nacimiento, Windsor, como ahora se lo conoce, aparece en *Amadís de Gaula* como Vindisloria.

Otra conexión que encuentro con Londres es que la única copia que sobrevive de la edición del *Amadís de Gaula* de 1508 se encuentra en nuestra Biblioteca Nacional, The British Library, en Londres.

Cuando recuerdo las hazañas de Arturo, de Tirant, de Amadís y de otros personajes de esta misteriosa Gran Bretaña, me permito recordar que en aquellos tiempos



Hugh Thomas dictando su conferencia en el Antiguo Colegio de San Ildefonso el 10 de noviembre de 2011

Inglaterra era un miembro flagrante de la familia europea. ¡Mucho más que ahora quizás!

Los estudiosos del tema opinan que existió una edición impresa de *Amadís de Gaula* antes de 1509, quizás en 1500, quizás aun antes.

El *Amadís de Gaula* fue reescrito seguramente en la década de 1490 por Garci Rodríguez de Montalvo, un concejal de Medina del Campo.

Es muy posible que el libro haya surgido a fines de la Edad Media y es probable que haya sido escrito por un portugués a comienzos del siglo XV o incluso antes.

No se puede asegurar hasta qué punto fue reescrito. Lo que sí es cierto es que después del gran éxito de *Amadís de Gaula*, Montalvo pensó que podría enriquecerse con una continuación de la historia: *Las sergas de Esplandián*, de inferior calidad.

Rodríguez de Montalvo pertenecía a una familia de renombre en Medina, y su más exitoso hermano, Diego, fue incluso corregidor de Segovia.

Como muchos de ustedes saben, *Amadís de Gaula* introduce a sus lectores tanto en monasterios como en la corte, en barcos y en el Nuevo Mundo, y les presenta a un heroico caballero, el epítome de las siete virtudes y todo un guerrero.

Dado que el origen de Amadís es un secreto, deberá descubrirlo por sí mismo y para ello debe viajar por todo el mundo —Europa— batiéndose en duelos, llevando a

cabo rescates, liquidando monstruos y malvados caballeros, y capturando o liberando islas encantadas.

Mata a casi todo aquél con el que se encuentra y se recupera rápidamente de mil y una heridas; se comporta ejemplarmente como caballero errante o al liderar un ejército. Es siempre fiel a su encantadora *fiancée*, Oriana, a quien pronto da un hijo, Esplandián.

En el libro, todos los protagonistas gozan de noches de pasión con sus amantes, las cuales están descritas de manera muy directa. Pero estos episodios ocupan un segundo lugar si los comparamos con los tremendos combates, que parecen ser obligatorios.

Las otras obras más famosas de romance caballeresco son todas posteriores a *Amadís de Gaula*. *Las sergas de Esplandián* y *Florisando* son de 1510, la traducción al español de *Tirant lo Blanc* es de 1511, y *Primaleón de Grecia* de 1512.

Pero existieron otros romances contemporáneos de *Amadís de Gaula*.

Sabemos, por ejemplo, que el rey Carlos VIII de Francia, quien murió en 1498, era “un ávido lector de romances caballerescos”; al igual que la reina Isabel, quien murió en 1504.

La relación de personas que conocemos que gustaban de leer estos libros es impresionante: Fernando de Ávalos, uno de los mejores comandantes de Carlos V que ganó la batalla de Pavia; Santa Teresa de Ávila; Fernando Colón, el gran secretario del rey; Juan de Valdés; San Ignacio de Loyola, y el escritor y embajador Diego Hurtado de Mendoza. Todos ellos expresaron no sólo su deleite con estas novelas, sino también su incapacidad por un tiempo para pensar en otra cosa. Garcilaso de la Vega, autor de la primera historia de las Américas, y el rey Francisco I de Francia eran de la misma opinión. Creo que el gran caminador Cabeza de Vaca, y el intérprete de Cortés, Jerónimo de Aguilar, también.

El emperador Carlos V se dice admiraba una obra de Gerónimo Fernández, *Belianís de Grecia*, que dijo era “una extraña joya” de la literatura del siglo XVI, tanto así que éste pidió al autor escribiese una continuación.

Es necesario quizá recordarles que la atracción de estas novelas radicaba sobre todo en el hecho de que sus lectores constituyeron la primera generación que pudo apreciar un libro, gracias al uso de la imprenta, el gran descubrimiento del siglo XV.

La pregunta que prevalece es la apremiante cuestión acerca de la actitud de Cervantes hacia *Amadís de Gaula*. Tal vez lo que no se recuerda es que, aun cuando en *El Quijote*, su obra maestra, Cervantes condena, directa o indirectamente, las imitaciones y continuaciones de *Amadís de Gaula*, siempre lo alaba.

Una traducción inglesa reciente (realizada por un norteamericano) de *Amadís de Gaula*, dice que don Quijote mismo incorpora muchas de las grandes cualida-

des del caballero Amadís. La misma estructura de *El Quijote* posee características probablemente derivadas de *Amadís de Gaula*.

Por ende, es natural que algunos conquistadores se hayan impresionado tanto con estas novelas como *El Quijote* y *Amadís de Gaula*.

¿Cuáles son las consecuencias de todo esto? En primer lugar, la nomenclatura: al menos una ciudad del Nuevo Mundo fundada por los portugueses en Brasil, Olinda, proviene del nombre de una de las princesas que aparecen en *Amadís de Gaula* que es hija (en el libro) del rey de Noruega y amada de Agrajes, hijo del rey de Escocia.

Por otro lado, la palabra mágica California, dominio de la reina Califa, procede de aquellos episodios relacionados con las Amazonas en la continuación de *Amadís de Gaula: Las sergas de Esplandián*, que se presentaron como libro quinto de *Amadís de Gaula* publicado por primera vez en 1510. Constituía el territorio más septentrional de las posesiones españolas en el Nuevo Mundo. Es probable que su nombre se deba a Cortés, cuando alcanzó la Baja California alrededor de 1530.

El nombre Patagonia, la parte más meridional de todos los dominios españoles en las Américas, tal vez proviene de otra novela.

Por último, el gran río Amazonas toma su nombre del intrépido explorador extremeño Orellana, quien creyó identificar en él el lugar en donde vivían las Amazonas.

Podrían encontrarse otros ejemplos. Sin embargo, estos nombres bastan para probar que algunos conquistadores por lo menos tenían conocimiento de los libros caballerescos.

Sabemos que poseían dichos libros, pues los registros de la Casa de la Contratación (aún vagos) son evidentes. Lo que no es fácil saber es hasta qué punto eran leídos, y cuál era su efecto. Fernández de Oviedo afirma que en su gran libro “él no relata tonterías tales como las que se dicen en libros mentirosos como *Amadís de Gaula* y aquellos que dependen de éstos”. Sin embargo, Oviedo era primordialmente un historiador, no un conquistador. Y él mismo escribió una novela caballeresca malísima.

A menudo se hace alusión al capítulo en donde Bernal Díaz del Castillo compara lo que ha leído en *Amadís de Gaula* con la visión de Tenochtitlan desde lejos, entre la vecindad de los volcanes y la parte este del Valle de México.

La frecuente mención de este capítulo se debe al hecho de que es la mejor alusión a los libros de caballería en la literatura sobre la Conquista. Es curioso, ya que en *Amadís de Gaula* no aparece nada que se asemeje a Tenochtitlan. No recuerdo visión alguna de una ciudad mágica como Tenochtitlan. ¡Quizá la imagen de mi Londres en la distancia y bajo la lluvia sí lo parezca!

Juan Bautista Avallé-Arce, imaginativo editor de una reciente edición de *Amadís de Gaula*, opinaba que la comparación debe referirse a un párrafo específico, el Capítulo XI del Libro I, en donde aparece la descripción de un maravilloso castillo rodeado de agua, pero este texto se trata de un castillo, no de una ciudad.

Bernal Díaz del Castillo era vecino de Medina del Campo, al igual que el autor (o redescubridor) de *Amadís de Gaula*, el regidor Montalvo. Es conocida de muchos la historia en la que la reina Isabel afirmaba que de haber tenido tres hijos varones habría querido que uno fuese rey de Castilla, otro arzobispo de Toledo y, un tercero, escribano de Medina del Campo. Quizás infravaloraba las posibilidades. Porque dos de los mejores y más influyentes escritores españoles provenían también de allí. Hasta el punto de que sus casas se encontraron a escasos metros la una de la otra. No sólo Montalvo fue regidor de esta localidad, sino que también lo fue el padre de Bernal Díaz del Castillo. Imaginen ustedes una conversación entre Díaz padre y Montalvo.

Hay algo más, que parece obvio, en relación con el libro de Bernal Díaz del Castillo, tanto si éste llegó a leer *Amadís de Gaula* o no, y es que, en cierto sentido, tanto su propio libro como *El Quijote* reciben la influencia de esta novela: en la brevedad de los capítulos y en el hecho de que los títulos empiezan todos por “como” —en Díaz, “como vino Jicotenga, capitán-general de Tlaxcala”; en Montalvo, “como Amadís fue encadenado por el rey Arcaláus”. Parece casi como si Bernal Díaz del Castillo estuviese pensando escribir también un libro de caballería, con una base de veracidad, claro.

Cortés y sus hombres, como Pizarro y los suyos eran capitanes que lucharon contra difíciles adversarios y que derrocaron imperios. El reino de los incas y el de los mexicas fueron siempre denominados “imperios” y sus gobernantes “emperadores” por norma, aunque Moctezuma era en realidad el “huey tlatoni”, en náhuatl el alto portavoz de los mexicas. “Emperador” es un título que se encuentra con frecuencia en los libros de caballería, sobre todo el emperador de Constantinopla.

Irving Leonard, autor del mejor libro que existe sobre el impacto que tuvieron estos libros en las Américas —su gran libro es *Books of the Brave*, traducido al castellano con un título menos vivo, *Los libros del conquistador*— escribió: “Para las generaciones de las primeras décadas del siglo XVI, estos fascinantes relatos de caballería constituían un espejo en el cual el lector se veía reflejado en el papel del valiente y victorioso héroe, con cuyas suertes se identificaba por completo...”.

Esto no significa que debamos estar de acuerdo con todo lo que propone el profesor Leonard. Por ejemplo, él, consecuentemente, sugiere que “la despiadada confiscación de los tesoros de Moctezuma, de Atahualpa, así como de otros, víctimas de la avaricia de los españo-



Los cuatro libros del virtuoso cauallero Amadis de Gaula: Complidos.



les, tenía parte de culpa en la imaginativa pluma de la narración del regidor de Medina del Campo, así como de aquéllos en su misma línea”.

Hay una historia aparentemente caballerisca en la Información de Servicios y Méritos de Diego de Ordaz en Santo Domingo, del año 1520, que se refiere a una dama vestida toda en plata, que vive en un castillo también de plata, y que tan sólo come en vajilla de plata. Quizá se trata de una referencia velada al reino de Michoacán, pero quizá la descripción de Ordaz está influida por un libro de caballería.

Me pregunto también si Ponce de León, en su viaje en busca de la fuente de la eterna juventud en 1512 al territorio que bautizó como Florida, podría haber estado influido por *Palmerín de Oliva*, publicado en 1511. En él, el rey Primaleón descubre que sólo el agua de una fuente mágica en un monte de su país puede sanarle.

Otra posibilidad se plantea al recordar cómo, alrededor de 1520, Cortés recibió la sumisión de Moctezuma y, tal vez, más tarde, éste fue recibido dentro de la Iglesia católica, tal y como su nieto afirmaba. El mismo Cortés describió la escena insistiendo en cómo Moctezuma lloraba, y en cómo este “emperador” recordaba a sus nobles cómo habían estado esperando la llegada de alguien como Cortés, un señor perdido que en su día les había guiado hasta el lugar en que ahora se asentaban en el lago de México, tras lo cual habría desaparecido.

“Y os pido” —proseguía Cortés diciéndole a Moctezuma— “que, de igual manera que hasta ahora me

habéis obedecido y tenido por vuestro señor, de ahora en adelante deberéis obedecer a este gran rey [esto es, Carlos v] ya que es vuestro legítimo señor y, como su representante, también reconozcáis a éste su capitán”. Los nobles señores mexicas aceptaron obedecer complacientemente y a partir de entonces someterse como vasallos de Su Majestad.

Todo esto lo escribió Cortés al emperador Carlos v y fue pronunciado ante un notario público que redactó un documento formal firmado. Un documento que parece se perdió durante la Noche Triste.

Como el historiador y editor Ángel Delgado Gómez afirma, en una nota de su reciente edición de las cartas de relación, “ese documento, supuesto o real, de sumisión al emperador, es de enorme importancia para Cortés”.

Mi compatriota y amigo, Sir John Elliott, en su introducción a una edición excelente de las *Cartas de Cortés* en inglés, nos sugiere que desde el momento en que conoció la existencia del tal Moctezuma (quizás a través de su amigo Pedro de Alvarado), un supremo objetivo se apoderó de su mente: debía llegar hasta Moctezuma y, de algún modo, inducirle a reconocer la supremacía de Juana y su hijo Carlos, soberanos gobernantes de España. Un plan típico de Amadís mismo.

En ocasiones, los conquistadores fueron más allá del puro combate en su dedicación a la caballería. Por ejemplo, el medellinense Andrés de Tapia, seguidor de Cortés, y también originario de Medellín, Extremadura, organizó un grupo de doce caballeros que formalmente pretendía

“defender la Santa Fe Católica, resolver males, y asistir no sólo a españoles, sino también a amigables naturales”.

Sin referencia especial a esto, el profesor español Eduardo Subirats sugiere que López de Gómara, en su biografía de Cortés, hace de su sujeto un héroe de un libro de caballería.

El Quijote comenzó a aparecer en el Nuevo Mundo en número considerable a partir de 1605. Esta fecha marca el final de los envíos de libros de caballerías, aun cuando ese mismo año, el último y menos conocido de esos trabajos, *Don Policisne de Boecia*, también se llevó hasta Lima.

Sabemos algo acerca de los cargamentos de libros que habitualmente se enviaban desde Sevilla a las Indias a principios del siglo XVI a través de la Casa de la Contratación.

El profesor sevillano Juan Gil, nuevo miembro de la Academia en España, ha sido mi guía en esto, como en tantas otras cosas.

Así, en uno de sus ensayos, he explicado cómo, en enero de 1505, salió de Sanlúcar de Barrameda la nao Santa María la Antigua, perteneciente a Alonso Núñez y Juan Bermúdez, con “ciento treinta y ocho hojas de papel para lectura; cincuenta Libros de Horas; treinta y cuatro romances, todos encuadernados, y dieciséis obras en Latín”.

De estos dos capitanes, Bermúdez había sido capitán de la nao Santa Cruz en el tercer viaje de Colón y, en ese mismo año de 1505, descubrió la hermosa isla Bermuda, en su viaje de regreso, a la que bautizó con su propio nombre.

Si los romances que se enviaron en 1505 fueron treinta y cuatro, entre ellos probablemente se encontrarían libros apreciados por Carlos VIII e Isabel la Católica, tales como *La búsqueda del cáliz sagrado*, o *La balada de Merlín*, o *La historia de Lanzarote*, los cuales figuraban en la biblioteca de la reina.

Los cargamentos con libros fueron, por supuesto, después, numerosísimos. El juez Marcos de Aguilar, de Écija, hermano mayor del intérprete de Cortés, Jerónimo de Aguilar, llevaba tres cajas con libros sin nombre cuando viajó con Diego Colón a Santo Domingo en 1509.

A principios del siglo XVI, para nuestra exasperación pero quizá para satisfacción de los mercaderes y los lectores, los libros aparecen relacionados en las listas como tales, sin detalle alguno acerca de cuáles son.

Pero posteriormente a 1550, la Casa de la Contratación, el centro de la burocracia en el imperio español, determinó que el título de cada obra debía aparecer en los registros. Con ello se pretendía impedir que libros protestantes, incluida la *Biblia* traducida a lenguas vernáculas, llegasen a las Indias, por lo que esto no guarda relación con los romances caballerescos.

Podemos imaginar que aquellos libros que estaban prohibidos sencillamente consiguieron introducirse sin ser relacionados en las listas.

El historiador Francisco Fernández del Castillo, mexicano, en su libro *Libros y librerías del siglo XVI*, nos decía que alrededor de 1574 era usual someter a los tripulantes de los barcos a interrogatorio: “Si existen a bordo libros... prohibidos tales como la *Biblia* en cualquiera de las lenguas vernáculas, o de las sectas luteranas o calvinistas u otras de naturaleza hereje, o aquellos prohibidos por el Santo Oficio... Si los libros son en lengua extranjera, gran atención deberá prestarse para averiguar su contenido...”.

Poco después, en 1583, se elaboró un nuevo índice de libros prohibidos. Representantes del Santo Oficio establecidos en la Casa de la Contratación de Sevilla revisaban todos los libros con destino a las Indias y expedían su visto bueno o condena de los mismos. “En estas dos hojas y media no aparece ninguno libro prohibido” era una frase que se encuentra con frecuencia.

Afectados por los ataques de hombres como el filósofo valenciano Vives, a partir de 1531 la Corona prohibió la exportación de las novelas de caballería a las Indias, y en 1553 se prohibiría su publicación en las Indias.

Pero éstas eran prohibiciones de la Corona y, no obstante, estas obras continuaron apareciendo en las listas de libros destinados a ser enviados a las Indias. La Inquisición se centraba en sus propias preocupaciones, el protestantismo o el criptojudasmo, y no en *Amadís de Gaula* o sus semejantes.

El éxito de *Amadís de Gaula* incitó a muchos a imitarlo, lo que produjo innumerables continuaciones y seriales, como *Palmerín de Oliva*, surgida en 1511.

Tirant lo Blanc posee muchas de las cualidades de *Amadís de Gaula*, y los dos se encontraban entre los libros de *El Quijote* que el barbero y el cura en su pueblo no destruyeron.

Como ya he explicado, una traducción al español de *Tirant lo Blanc* valenciano apareció en 1511. Para algunos, incluso para mí, esta obra es casi igual en calidad a *Amadís de Gaula*, y existen indicativos de su influencia sobre Montalvo cuando escribió o reescribió *Amadís de Gaula*.

En esto estoy de acuerdo con un nuevo héroe del mundo español, Mario Vargas Llosa, ahora marqués de España. Su vida ha sido un romance caballeresco y es un admirador de *Tirant lo Blanc*.

Ha sido un verdadero placer estar aquí, en este museo estupendo y poder reflexionar de nuevo acerca de estos éxitos de venta literarios del ayer.

Gracias, Paloma, por su invitación y gracias por sus maravillosas palabras, en este museo que es una joya brillante de México. ■

Conferencia presentada en el Anfiteatro Simón Bolívar del Antiguo Colegio de San Ildefonso el 10 de noviembre de 2011.